

cia inmediata pensó también que sus tíos Homobono y Antonia eran unos tiranos, y el alcalde, con todos sus planes, una especie de secuestrador más temible que el moro Faquimo.

El lector puede apreciar cómo San Antonio trajo novio, en efecto. Pero... ¿por qué para presentarlo necesitó ponerlo como una uva? Esto es lo que Manuelilla deploraba con toda el alma; pero es menester convenir en que la turca no era obra del Santo, sino de la alegría inexplicable de Faquimo. Alegría más inexplicable para él que para Manuelilla.



VII

«Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré...»

DESPUNTÓ el alba: saludáronla los gallos, perfumáronla las florecillas de los prados, reflejó su luz el cristalino río, los jilgueros, pardillos y otra gente de pluma esperezó sus alas y abandonó sus dormitorios de hojas para saltar, diablear y gorjear el día entero: entre tanto, por el camino real se alejaban del pueblo dos lucidas pollinas conductoras de una mujer una, y de un hombre otra; y seguíaslas á pie un mozo encargado de conducir otra tercera jumenta, ésta cargada con un serón. Victoria y Gaspar eran los cabalgadores y no caballeros, y Faquimo el mozo, quienes

habían partido tan de madrugada para no quitar tiempo á las faenas que les esperaban en la Granjilla.

Los honrados cónyuges conversaban pacíficamente. Faquimo iba triste, silencioso y como preocupado; ¡pobre mozo! pensaba en los disparates hechos y dichos la noche anterior, en lo mucho que de él se habrían reído y burlado, y en los desprecios de que tales torpezas habrían sido causa; que aunque él no se acordaba de todo esto más que de una manera vaga, su ama cuidó de hacérselo saber por entero en un buen sermón que le echó por vía de despertador, en el cual le riñó mucho, afeándole tan soez conducta.

Bien que de todos modos hubiera él reconocido motivos sobrados de sonrojo y culpabilidad, pues Tomás, aunque rústico, tenía buen juicio y natural penetración, y por razonamiento instintivo, adivinaba qué le estaba bien y qué no; cuál era su deber y cuál no; en qué se había propasado ó faltado y en qué no. Ciertamente, era humilde, sencillo, honrado, compasivo y tan ingenuo é inocente, á veces, como no lo fuera más un muchacho de la doctrina; y al mismo tiempo decididor, bullanguero y amigo de loquear. Claro está, faltó de educación, inculta su inteligencia, solamente adiestrado su ingenio en las prácticas rústicas, tenía más noble y limpio que muchos ese tesoro inapreciable que hace al hombre sér racional: el alma; y allí llevaba grabado Faquimo el sentimiento de lo bueno y de lo justo, de lo bello y hasta de lo ideal.

Por eso sentía más su pecado. Pero ¡ay! si era motivo de formal disgusto el descrédito en que cayera en la opinión del señor Alcalde, del señor Cura, del señor Frutos, de la señora Antonia, del señor Homobono y de los demás circunstantes, testigos de su mal vino, ¡el pueblo entero! más, mucho más le apenaba y era causa de mayor vergüenza, y confusión, y remordimiento, que de tan lastimoso modo le hubiera visto

Manuelilla. ¡Ella, tan prudente y discreta, que en todo se miraba tanto! y ¡él, que se había puesto más incapaz que una caballería! ¡Esto era horrible! ¡desconsolador! Porque Tomás cayó en la cuenta de que aquel regocijo que todo le embargaba, en la fiesta, aquel frenesí por cantar y rasguitar la guitarra, aquel insaciable y deleitoso anhelo de sus ojos, por contemplar á Manuelilla, todo era la misma cosa, reconocía por móvil el mismo sentimiento: ¡la amaba! En esta idea vinieron á concentrarse los razonamientos del mozo; idea que le pareció como repentino encuentro de algo que ya se sospecha. Efectivamente, era la revelación de un secreto que le había guardado su alma, pero del cual tuvo él á modo de presentimiento. Mas ¡ay! semejante conclusión encerraba complacencias de incomparable dicha y motivos de profunda pena y amargo desconsuelo. Tomás no supo ni pudo darse cuenta de esta discordancia, y no menos suspenso que entristecido fué todo el camino dando vueltas á aquellas cosas tan nuevas y particulares.

Arribaron al cabo á la Granjilla, y enseguidita comenzó el señor Gaspar á disponerse y disponer todo para las faenas que muy luego dieron principio. ¡Qué torpezas tuvo en ellas el pobre Tomás! ¡No parecía sino que se había olvidado de aquellos trabajos en cuyo ejercicio y práctica se criara!—¿Qué te sucede, Faquimo? estás como atortolado, decía el bueno del señor Gaspar. ¿Te dura aún el mal vino? ¿Á que estás aojado tú también, como el macho?

Y el mozo no contestaba, ni levantaba los ojos del suelo.

Llegó la hora de la siesta, y Faquimo, en lugar de tenderse á la sombra de la casa, con los demás camaradas, fué á hacerlo en el pajar, donde si estaba más caluroso, en cambio podía estar á solas con sus melancolías, lo cual era justamente su ansiado deseo.

Escasa luz, blando lecho, silencio sólo turbado por tiernos gorjeos de los pardillos y suaves rumores de las hojas de los cercanos árboles... Todo convidaba á meditar, todo á dar expansión al secreto.

Cuando estas impresiones se le entraron en el espíritu á Tomás, sintió saludables consuelos é impulsos como de verter lágrimas. Si en vez de ser un rústico patán, con ser tan sencillo, hubiera sido hombre de mayor cultura, y por consecuencia de mayor sensibilidad, Tomás hubiese llorado; pero ya que no lágrimas, rebosó en el corazón un penar oculto, con todos los amargores de la pasión infortunada, aunque ni en ideas claras, ni mucho menos en palabras precisas, podía por el pronto razonarse su estado. Ocupábase todo una queja amarga y desoladora.

Aquietóse poco á poco su ánimo y cayó en un marasmo como reposar de un estado febril. Sintió pesadez y atontamiento en la cabeza, languidez en todo su cuerpo, acabando por caer en un duerme-vela en que el batallar encarnizado y constante de la cabeza y el corazón se manifestó en sueños que fantaseando la realidad forjaron en la exaltada imaginación del mozo catástrofes presentidas y aventuras deseadas como imposibles, formando aquellas y estas rudos contrastes que aumentaban su cuita. Por último dejéronle en paz los sueños y pudo descansar.

Al cabo de un buen rato abrió los ojos y encontróse más aliviado de las molestias físicas, y la mente más serena y despejada. Entonces con voz callada, cual si él estuviera enfrente de sí mismo y fuera su espíritu quien hablara, formuló el siguiente razonamiento:

«¿Para qué engañarte por más tiempo, Faquimo? ¿la quieres! ¿qué remedio? la quieres, y arrojarte al pozo ó del campanario abajo sería operación sencilla para ti si por ella se ofreciese hacerlo. Que ella es la sobrina de tu ama; que es la moza más bonita y el

mejor partido de todo Villembrines; que tú eres un bestión peor que los jumentos y las mulas: ¡pues la quieres, la quieres y la quieres! ¿Y se la darán al hijo del Alcalde? No hay más. Pero lo que es como ella te quisiera, ni el hijo del Alcalde, ni el hijo del Rey, ni el hijo de Dios se la llevaba. ¡Ay, Faquimo, Faquimo! ¡qué infelizote y qué bruto eres! ¡por fuerza tienes los demonios en el cuerpo! ¿Quién te mandó emborracharte ayer, para que ella te viera hacer barbaridades y te oyese decir disparates? ¿Cómo no ha de tenerte repugnancia y asco? Además eres un rústico, pobretón y bobo, y por añadidura todos te dicen hijo del moro Faquimo, porque ni padre ni madre conociste jamás. Nada, lo dicho, eres un bruto y vanidoso por añadidura; debías aporrearte contra la pared para quitar de tu cabeza loca este empeño que te va á vender y á hacer más despreciable y bajo á los ojos de todos. ¿Quién eres tú para compararte con ella? Si ella se parece á la Virgen de los Cardos y tú mereces menos cuidado que los cerdos de tu amo. Y no hay modo de quitármela de delante. Ahí mismamente me parece que la veo tan natural y hermosota como es. ¡Ay Manuela, Manuelilla, si tú supieras cuánto te quiere este Tomás, más que sea hijo del moro, y más que sea criado tuyo, y más que ayer le hayas visto hacer tantas borricadas!... Pues no hay más que chitito, Tomás, y que ni el cuello de tu camisa se entere de estas locuras ó no locuras; que lo que es quererla como yo, ni el Esteban con ser hijo del Alcalde, ni San Esteban, ni nadie; pero ¿qué quieres, si eres hijo del moro?...»

Con un suspiro terminó aquel discurso en que rebosaba todo el amargo despecho que Faquimo sentía.

Después nada dijo sino fué con el pensamiento, y siempre repitiendo lo ya dicho y afirmándose en aquella resolución de callar á todo trance aunque envene-

nara con todas las hieles de su despecho aquel amor tan puro que llevaba en el corazón.

Acabaron la siesta los que tranquila la tuvieron y las faenas comenzaron, que eran el laboreo y preparación de las tierras para los sembrados que debían hacerse en otoño. A Faquimo le cupo en suerte otra mejor, pues como el tío Gaspar había prometido al señor cura unos albaricoques maduros, elegiditos, confió al mozo la comisión de llevarlos. Eligiéronlos primero, y puestos luego en un cesto, y el cesto sobre la cabeza de su conductor, partió éste con dirección al lugar.

Picaba el sol como en plena canícula, abrasaba la tierra como si echara fuego, y de pesada, la atmósfera parecía zumbiar como enjambre de abejas mareante y enojoso; pero Faquimo no reparó en nada de esto, que aunque se sentía perezoso y comenzaba á sudar, sólo atendía á aquellas secretas mudanzas operadas en su espíritu, y no discurría ni reflexionaba, pues como si la pesadez del ambiente le obligara á suspender semejantes especulaciones, le era más gustoso saborear en silencio sus amarguras (y saborear decimos porque en medio de tanto apenamiento había íntima é inexplicable complacencia). Entregado á tan plácidas y suaves melancolías, ora le venía á la memoria el encuentro que con ella tuvo en el camino real, cuando los rapazuelos espantaron la rucia con la cometa, ora se representaba el feliz momento en que la ayudó en la Granjilla á montar, ora en fin recordaba los bailes en casa del señor Homobono; y todas estas imágenes le deleitaban y le hacían suspirar. Algunas veces veniale á los labios sin saber cómo alguna copleja, que cantaba al descuido, y no con las voces que solía, sino quedito y despacio: le encantaban más así.

Una copla decía:

«Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré:
en el fondo de mi pecho
su sepulcro labraré.»

Y también cantó la siguiente:

«¡Ay de mí qué triste estoy
y triste siempre estaré!
¡Yo nací para estar triste
y triste me moriré!»

Y esta otra:

«Quisiera verte y no verte,
quisiera hablarte y no hablarte,
quisiera no conocerte
para poder olvidarte.»

Y como si la última canción fuera conjuro de saludador ó evocación de bruja, al volver la cara hacia la orilla del río, según que subía por la carretera, toparon sus ojos ni más ni menos que con la gentil zagala objeto de tales poéticos entretenimientos. Y lo más curioso del caso es que, como en confirmación de la verdad tan grande que encerraba la copla, sucedió que el mozo vió y no quiso ver á la moza; la moza advirtió y no quiso mirar al mozo; ambos se hicieron los distraídos, y ambos deseaban con toda el alma verse y hablarse.

Y aunque nada de esto sucedió, Tomás no pudo menos de leer en su memoria cierto antiguo cantar que es como sigue:

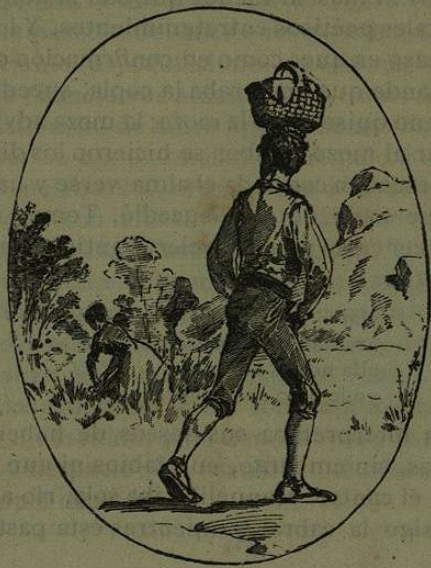
«En el río la encontré
asentadita en la arena;
ella no me dijo nada;
yo le dije: abur, morena.»

La copla interpretaba sus deseos de haberla dicho algo..... Mas, sin embargo, sus labios ni aun siquiera tararearon el cantar. Manuelilla iba sola, río abajo, llevando consigo la cabra, y mientras ésta pastaba, di-

vertiase ella cogiendo dónde una florecica, dónde otra, cuándo una yerba olorosa, cuándo otra y haciendo con ellas un ramo de cuyo olor gustaba á cada paso y en cuya vista se recreaba de continuo.

Faquimo vió todo esto, luego que estuvo distante una buena pieza y se hubo apaciguado la emoción de su pecho y pasádole la vergüenza horrible que el recuerdo de la última vez que había visto á la moza le produjera. Ánimos tuvo de detenerse, pero faltóle atrevimiento y se contentó con mirarla á hurtadillas.

¡Ay, si él hubiese podido averiguar cuyo era el linaje de pensamientos en que Manuelilla se preocupaba entonces!... Pero, precisamente Faquimo creía entender bien, entendiendo todo lo contrario, esto es, que ella no le había mirado porque le despreciaba y aborrecía; y quizá nunca volviera ya á mirarle ni atenderle... ¡Pobre Faquimo: en qué angustia y lastimoso desconsuelo subía hacia casa del cura!...



VIII

In fraganti

HABITABA el bueno de don Ezequiel una casa pequeña, de dos pisos, con balcón de madera sobre la puerta, y en el dintel de ésta, los sagrados nombres, abreviados, de Jesús, María y José; levantada, según las trazas, por los de setecientos y tantos, formando

ángulo con la fachada de la iglesia del lado de poniente.

Había en el piso principal de esta morada un aposento espacioso, de paredes blancas, elevada techumbre de vigas negras y piso de ladrillo: amueblábanle sillas y un sofá de cuero, de igual fecha, por lo menos, que la casa: litografías de un gusto artístico deplorable, encuadradas en marcos de caoba, adornaban las paredes con imágenes de santos y vírgenes milagrosas: cuatro rinconeras, ocupando sus sitios propios, servían de sostén, respectivamente, á un Niño Dios y un San José (ambos con trajes de tela, muy majos), un Cordero Pascual y una Virgen del Pilar, de plata, traída del propio Zaragoza, todas cuatro efigies pequeñas y puestas bajo fanales; y, por último, además de otros cuadrillos con flores de mano y bordados (manufacturas de los conventos de monjas comarcanos), había un estupendo reloj. Y por cierto que, ese famoso inglés que gasta los tesoros de Creso comprando antigüedades ignoradas y preciosas en los pueblos y aldeas de España, quiso comprar el dicho reloj, ofreciendo hasta 3000 reales al mismísimo don Ezequiel, según contaba el ama, doña Cleofé, añadiendo, que ni éste quiso dárselo, ni el desatino de enagenarlo le pasó jamás por las mientes: tan estimable hacía á aquella torre que arrancaba del suelo y estaba adornada con paisajes, ya pálidos, y ornatos de talla, dorados, todo de gusto de Luis XV, haber pertenecido á las dos generaciones de Romeral, de las que por línea recta descendía el cura de Villembrines.

En esta habitación estaba de espera, junto á la puerta por donde entró, sin osar ni aun toser, el pobre Faquimo, con el cesto de albaricoques puesto en el suelo, junto á sí, y el sombrero en la mano, miroteando los cuadros, las esculturas sagradas y el celeberrimo reloj, cuyo grave resuello era el único ruido que en la

pieza se advertía; cuando una puerta, que para Faquimo era la del foro, se abrió, permitiendo deslizarse la oronda, respetable, modesta, cándida y simpática figura del amo de la casa, que traía sobre las ropas de seglar un balandrán con las mangas de reemplazo. Don Ezequiel frisaría en los cincuenta y ocho y el pico, andaba despacio, y su rostro todo era bondad y dulzura, pues por aquellos ojos pardos, pequenuelos y vivos, por aquellos carrillos, siempre de tan buen color, y por aquellos labios, que no consentía se juntaran ni se fruncieran la más encantadora alegría, materialmente se le salía el alma á aquel bendito. Alma que era espejo de sencillez.

—Hola, caballere, caballere —dijo.—¿Á qué se me viene por aquí? A que yo le eche un buen sermón para enseñarle á usar de más compostura en casa de los amos, ¿no es verdad? ¿A que le diga que los enemigos del alma son cuatro: el mundo, el demonio, la carne, y aquello que tanto nos gusta y no nos debía de gustar? Pues si viene á eso su merced, sepa que yo no me ando con paños calientes, que al que no se enmienda le doy duro, duro, con el catecismo en la mollera, por atestada que la tenga; y que no soy amigo más que de los buenos, que no beben, ni se achispan, ni hacen locuras, ni dicen sandeces.

Faquimo no sabía si tomarlo por lo serio y ponerse en mayor vergüenza de en la que ya estaba, ó si dar al traste con ésta para reirse de la incomodidad de mentirijillas con que el señor cura le reñía. Tentado estaba en vista del final de la homilia por tomar el primer partido, cuando don Ezequiel continuó:

—Vamos, pues venga acá, hijo, venga descuidado, que ya sabe don Ezequiel que se le escurrió la mano á su señoría y que otra vez andará más parco, y tendrá más respeto y circunspección. Acérquese, vamos á ver esos albaricoques; pero dígame antes

cómo quedaron allá todos y qué novedades ocurren.

—Pues ninguna particular: todos para servir á usted—dijo el mozo, mientras obedeciendo las órdenes de don Ezequiel, le presentaba el cestón, donde la clerical mano tomaba á peso, acariciaba y comparaba con perita inteligencia.

—Todos son elegiditos, señor cura.

—Buena gente es, buena gente.

—Y de hueso dulce.

—Como á mí me gustan; ya lo sabe Gaspar. Bueno, pues deja ahí el cesto y dime ahora cómo está la huerta y los sembrados.

Faquimo estaba en tal estado de vergüenza y confusión, que no entendiendo la pregunta del cura, tosío por ver si desataba un nudo horrible que tenía en la garganta, y dijo casi á media voz:

—Pues... todos bien... bien todos.

—¿Cómo todos? Si te pregunto la hortaliza: que si está crecida.

—Ah!...

—Bé!...

—Pues... la cebada empezaremos á segarla pa el veinte.

—Otra, pero si no te pregunto por la cebada. ¿Es que todavía estás... pues. Pero no—añadió don Ezequiel, dándose una palmada en la frente—yo sé lo que te pasa... vamos, sí...; por eso tiembblas todo, y tienes los ojos tan mustios y medio llorosos, y estás tan pálido. (Faquimo se estremeció de piés á cabeza, creyendo sorprendido su secreto.) ¡Tonto de mí, que no he caído antes! Que te llevan á ser soldado; ya, vamos, al venir te lo habrá dicho Remigio, el alguacil, en el portal de don Lucas. Claro, si ya has cumplido los diez y nueve. No me acordaba.

Faquimo respiró viendo el cielo abierto, y aunque para él era esta noticia nueva poco agradable, dijo:

—Sí señor, eso tengo.

—Pues, hijo, ¿qué remedio tiene? ¡Ya ves, esa guerra! ¡Esa guerra que nunca se acaba! Azote de la España; azote de los hombres de bien; azote de casas y familias, de donde sacan á los hijos, á los muchachones, que si á mano viene, son el sostén de ellas, el consuelo de los padres y de los abuelos... ¡Y los sacan para llevarlos á pelear! ¡Válgame Dios! Pero tú, al cabo, no sales mal librado, pues aunque te llegue el número, que todo puede suceder, no dejas padres desconsolados, ni hogar empobrecido. Hijo, peor que tú estarán otros muchos; con que consuélate. El sorteo será hacia el 30, según me han dicho; pero Villembrines no da más de cuatro mozos. Y no creas, que también le toca á Estebanillo, el hijo de don Lucas.

—Es verdad...—dijo el mozo pensativo: y entristeciéndose visiblemente, añadió:—Pero... á ese... le librará su padre.

—Sí...—murmuró el sacerdote, como el que se atraganta con la contestación, que fué acompañada de unos sin gana y ligera descomposición en las facciones del rostro.

Faquimo nada entendió.

—Pero no creas, que en el ejército—continuó el cura—se espabilan y hacen hombres muchos zanguangos que no saben ni el Cristus en el lugar.

En esto se escuchó una voz femenil que venía acercándose, y acabó por colarse en la pieza diciendo:

—Y á eso lo llamarán luego tener caridad. ¡Válgame Dios y las once mil vírgenes!

La dueña de la voz daba punto y daca á todas las Quintañosas habidas en los tiempos en que tal plaga era frecuente. Figúrensela mis lectores con ojos redondos, busconeros y disimulados, nariz picuda y encorvada, boca de repliegues, merced á los fallos de la dentadura, berruga con su mechoncito negro, por

bajo de la mejilla izquierda, y, para completar la ilusión, figúrense su casta y respetable mole (que de las siete arrobas no bajaba), vestida toda de negro, con pañuelo también negro en la cabeza, por esconderse (que no escondía) un escaso centenar de pelos de matices diversos, entre gris y blanco.

No exageramos, no; así era doña Cleofé, quien avanzando por el aposento, hecha un basilisco, exclamaba:

—Don Ezequiel, don Ezequiel, mire quién es el avaro y miserable señor Homobono.

—Pero, ¿qué es eso? Sosiégate, mujer—dijo el manso presbítero.

—Pero si clama á los cielos lo que están haciendo con esa criatura. Faquimo lo sabrá: oye, muchacho, cuando salías por junto al río, hallaste allí á Manuelilla con la cabra?

Á Faquimo se le puso el rostro arrebolado, y los ojos, de avergonzados, querían escondérsele; pero á duras penas contestó:

—Sí que la ví.

—¿De qué se pondrá éste tan colorado? Pues bien, admírese usted, señor, admírese; la señora Antonia regañó ayer con Ramón. Manda hoy al campo la cabra, y ¿á quién envía para apacentarla? Pues á esa inocente muchacha, á esa sobrina que es la mártir de semejante casa. ¡Vamos! ¿qué le parece á usted? ¿Teniendo criados, no hay uno para sacar la bestia más que Manuelilla? ¡Qué miserables! Tanto guardar, tanto guardar y tantas hipocresías, cuando podían hasta tener coche y cincuenta criados si se ofreciera. ¿No da enfado, tacañería como ésta? Apuesto á que la trifulca con Ramón ha sido un pretexto para no gastar en esa miseria tampoco. Pero ya lo sabe todo el pueblo, y todos hablan del señor Homobono las pestes que se merece. Anda, que cuando lo sepa mi señor don Lucas, el alcaldito, bueno se va á poner.

—Pero vamos á ver, Cleofé—dijo al cabo el señor cura—¿á ti qué te importa todo eso?

—Señor, pero está bien que á una muchachica tan buena, que parece un ángel, me la envíen...

—Bueno, bueno—interrumpió don Ezequiel—convenido que no está bien; pero ¿es ese bastante motivo para condenar lo que pasa en casa ajena, y llenar de improperios al prójimo?

—Señor, ¡qué quiere usted! estas cosas se le salen á una de los labios.

—Nada, lo del adagio: oír, ver y callar, recias cosas son de obrar. ¡Qué verdad tan grande!

—¡Válgame el cielo! ¡qué cosas se ven en estos tiempos!—rezaba para su sayo el ama del cura.—¡Que para esto la conserve á una Dios en el mundo!...

Mientras tal sermoneo tenía doña Cleofé, su amo procuró enterarse por Faquimo del estado de la Granjilla, lo que no consiguió más que á medias, pues el mozo no sabía lo que le pasaba.

—¿Con que se les ofrece á ustedes alguna cosa?—dijo éste cortando por fin.—Manden lo que tengan voluntad.

—Nada, Faquimo; pero aguarda. Cleofé, dale para... para un traguillo, no, muchacho, que yo me incomodo.

—Pero no me dé usted nada, señor cura!

—Toma... y no tengas tanta devoción al retinto—dijo doña Cleofé;—y le echó en la mano unos cuartejos.

Tomando el cesto vacío, Tomás partió, no sin dar las gracias y hacer saludos cien, atribulado cual no pensó estarlo jamás.

Su mismo rostro delataba su amor, amor que se avergonzaba de abrigar, viéndose huérfano, despreciado, y, últimamente, amenazado de la mayor desdicha que acontecerle pudiera: la quinta. Y al pensar

que Esteban se libraría de ella por dinero y él no, considerábase más bajo, mísero é indigno de pensar en Manuela.

Estuvo á informarse en casa del alcalde, y supo por Remigio, el alguacil, cómo era cierto cuanto oyera de labios del señor cura. Aún estaba en el portalón de don Lucas cuando éste apareció en lo alto de la escalera; y viéronle descender con tan mal gesto y tan orgulloso empaque como de costumbre, y aun peor si cabe, pues parecía como preocupado y triste. Remigio, que se las estaba dando de personaje, cambiósese en mansísimo cordero y se descubrió hasta los pies y se cuadró, á un lado, dejando paso como para una carreta, no que para don Lucas. El pobre Faquimo le imitó, pero de tan buena fe, que parecía ratón asustadizo ante el felino enemigo, é inclinada la cabeza estuvo en reverencia hasta que su señoría acabó de bajar, y contestando unas « buenas tardes » muy secas, salió del portal hiriendo el suelo con el bastón de borlas.

Faquimo se despidió de Remigio, y tomó el camino de regreso.

Durante él, no faltó algún osado muchacho ó mozueta chancera que le recordara el mal suceso de la noche anterior, usando para ello de burlas y cuchufletas que no poco le corrieron y molestaron.

Según bajaba por la carretera, vió á la zagala sentada cara al río, y como en aquel campo que separaba el camino de la orilla hubiera frecuentes matorrales, vino á las mientes del mozo una invención que le pareció digna de ponerse en práctica. En efecto, agachándose, hasta quedar oculto por los dichos matorrales, fuése acercando muy lindamente de uno en otro hacia el lugar donde se encontraba la moza, y cuando estuvo de él como medio tiro de honda, estúvose quedo, mirando sin ser visto ni advertido por ella. Encontróla triste, sin color las mejillas, apagados los ojos,

laxo y como desmayado de su juvenil vigor, que tanto le hermozeaba, el cuerpo. ¿ Qué tendría ? No supo adivinarlo el mozo, ocurriéndosele solamente que, avergonzada sin duda del oficio á que la forzaban sus tíos, de aquí la pena y la tristeza; y tomando pie en esta idea, con toda el alma puesta en la gentil zagala de sus pensamientos, Faquimo hizo un discurso tan por lo callado y misterioso como los anteriores, en el cual, considerándola cual duquesa, reina ó emperadora, digna de palacios suntuosos y criados apuestos, y á él, como pobre, zafio y miserable campesino, sin pizca de seso, ni merecedor de gracias ni favores, vino á concluir por llamarse loco y orgulloso, jurando y perjurando quitarse la vida antes que descubrirle sus extraviados sentimientos. Afirmándose en esta resolución, hizole desde allí una como despedida que no acababa nunca, la admiró más que hasta entonces hermosa, y como revestida de un candor celestial ó algo superior á lo humano, que le llevó á compararla de nuevo con la Virgen de los Cardos que estaba en la iglesia, antojándosele que Manuela se parecía mucho á la efigie sagrada.

Cuando tan embelesado se hallaba en estas imaginaciones, sintió una voz que venía de no muy lejos y decía así:

— ¡ Ah picarón, Faquimo, te cogí *in fraganti* !

Describir el asombro, estupefacción, susto, despecho y vergüenza horrible que se pintaron en el rostro del sorprendido enamorado, cuando se puso en pie, cosa que hizo en un pestañear, fuera negocio imposible. Quedó mudo, mirando por un buen rato á quien tal le había dicho, que no era otro sino el bueno del señor cura, el cual, dibujando una sonrisa de paz y perdón, dijo al cabo:

— Casi te he venido siguiendo, te he visto esconderte y al punto he comprendido el pie de que su merced cojea.

Faquimo, pasado el primer estupor, bajó los ojos, procurando volverlos con disimulo hacia donde estaba Manuelilla, receloso de saber lo que sólo á medias consiguió, esto es, si también ella había descubierto lo que hacía poco juraba él no revelar á nadie.

En efecto, también oyó la muchacha la voz de don Ezequiel, aunque no pudo entender lo que dijo; pero sí entendió que habría sorprendido á Faquimo en alguna secreta ocupación.

Comprendiendo el cura cuánta era la tribulación del mozo, cortó por lo sano diciendo:

—Anda, anda, vé con Dios, que dentro de un par de días tengo que bajar á la Gránjilla, y entonces, los dos solitos, hablaremos sobre el particular.

Faquimo se alejó, más avergonzado y confuso que nunca.



IX

Donde se cuenta la estupenda historia del Moro Faquimo, y la no menos maravillosa del que en el lugar llamaban su hijo.

POR poca estancia que haga en Villembrines un viajero, sea rústico ú hombre de letras, pobre ó hacendado, no deja de visitar la iglesia, cuya fama de antiguo y hermoso monumento pregonan allí hasta los chiquillos. No nos detendremos á poner en claro la verdad con que lleva la tal fama, que al cabo nunca hay nada estimado como mejor que lo propio; pero sí consignaremos que al curioso visitante se incrusta de grado ó por fuerza el entendido *cicerone*, agudo villembrinés y celebérrimo sacristán, Paquiloco, hombre de cuyo buen humor ya tenemos noticias. Este tal propina al neófito forastero un bautismo histórico-anecdótico-arqueológico, mostrándole los, según él, inapreciables tesoros que allí se encierran, de imágenes, reliquias, etc., con lo que consigue meterle muchas maravillas en la imaginación y sacarle del bolsillo no

pocos cuartos, y aun monedicas de plata, según la calidad del visitante ó la fuerza de su curiosidad.

Por supuesto que allí pasa lo que acontece de ordinario en sitios semejantes: se aprecia más como joya artística la Virgen de los Cardos, efigie del siglo xvii, hecha con muy poca gracia, que un cuadro que representa la Magdalena, debido según parecer de un amigo nuestro, al pincel del Greco; el cual lienzo tenían y quizás tengan aun colocado en el trascoro, pasadizo sucio y de escasísima luz. Y así en todo. Además, el inolvidable inglés pretendió arramblar con tamañas y nunca vistas preciosidades, cosa que no permitieron ni el cura ni el sacristán, y eso que por *el Greco*—á pesar de lo sucio que le tienen y de que para ellos no entra en el catálogo de los objetos preciosos, atribuyendo, por esta causa, á monomanía la proposición—ofreció hasta mil duros.

Pero vamos al cuento: entre tantas cosas que admirar, como enseñan al visitante, ninguna tan famosa, sorprendente, desusada y extraña que cierto monigote, que representa un morazo, por circunstancia rara colocado bajo el coro, á los piés de la iglesia, dentro de una hornacina labrada en el muro en tiempos más modernos que la edificación de aquella fábrica. Figúrense mis lectores al moro, vestido con bragazas blancas, cerradas sobre el tobillo, botas de seda color de salmón con botones dorados, semi-chaleco con mangas, encarnado, con lentejuelas y galones dorados, faja de tul verde, y descomunal turbante blanco, adornado con tiras de azul terciopelo. Figúrenselé con piernas rígidas en forma de compás, pecho jorobado, hombros erguidos, brazos también rígidos y cuello envarado de puro derecho. Figúrenselé de rostro blanco, como buen cristiano, pero con barbas de judío entrecanas, crespas pobladas y luengas (hechas de cerdas), boca descomunal dilatada por una risa espantable, con lo que

descubre dos filas de apretados y tremendos dientes, abultados y rojos de coraje, nariz hebrea por lo acaballada; y bajo los dos felpudos que tiene por cejas, dos ojancos más miedosos que el miedo, por lo redondo y desmesurado de las órbitas y lo inmóvil y penetrante de la mirada. Y figúrensele, por último, con un colosal alfanje en la derecha, amenazando exterminio.

En Villembres son niños de teta el coco, el sereno y hasta el mismo Lucifer, al lado del Moro, terrible infanticida y cruel antropófago. Todas las abuelas guardan como supremo antídoto contra la terquería la horrible evocación de aquel asmodeo, puesto en la iglesia para tormento de los muchachos que en ella entran y también de los que se quedan fuera, por no verle, que no son pocos.

Y corre, como indubitable cosa, entre esta gente menuda, que, cuando se incomoda, echa fuego por boca y ojos, brama, tira coces y reparte mandobles con el alfanje y mojicones con la zurda que es un placer.

Se preguntarán mis lectores á qué viene encajar semejantes zarandajas, sin pizca de meollo, en mitad de esta relación, si pobre de puro sencilla, al cabo, de hechos reales y verdaderos, y aquí viene como anillo al dedo, según que dijo aquel ingenio inmortal, hacer transcripción fiel y entera del discurso que el bueno de Paquilo escopetó al que esto escribe; discurso que escopeta á cuantos visitantes caen bajo su dominio y que siempre es, ha sido y será hasta que se muera el *cicerone* (aunque para entonces es de esperar que tenga digno continuador), tan el mismo, que no parece sino que en algún libro lee historia tan extraordinaria. Dice así la tal historia: «Había un moro, manchego por haber nacido en la Mancha, pero cafre por descendencia, el cual moro habitaba un castillo famoso enclavado en lo alto de un cerro que está á la derecha mano, según que bajamos por la carretera (y su merced habrá visto), cuyo cerro lleva el nombre de *Cerri-*

llo del Diablo. Cuentan que el castillo, que era á modo de torre, no tenía más de quince ventanas, y esto contando una que caía sobre la puerta; pero todas tan cerradas, por celosías verdes, que no parecía otra cosa sino mansión de brujas ó casa de duendes: nadie, ni pastores ni labriegos vieron jamás persona alguna asomada, aunque fuera tras de las celosías; conocían al moro de oídas. Pero andando el tiempo, alguno que otro dió en decir que le había visto á hora desusada, empujando la jeta por encima de las almenas, y estos tales, pintábanle ceñudo, miedoso, barbado de cerdas que no de cabellos y de igual catadura que aquí se le ve: y diz que miraba hacia al pueblo, y que aun cuando se oscurecía el cielo no se apartaba de detrás de las almenas. Era su objeto, según se supo más tarde, espiar la llegada de un caballero muy gallardo y noble, famoso por su valor en las cortes y reinos de entonces; que en guerra contra moros, fué don Roderico de Arlaza (así se llamaba) esforzado y grande, tanto casi como el Cid Campeador. Y el caballero iba al castillo á tales horas porque andaba enamorado de la hija del moro que era una hermosísima doncella, cuya voluntad tanto se conquistó, que hubo de convertirla á la religión de Cristo y enseñarla el catecismo, cosa que, según dicen, aprendió como un muchacho de la escuela. Los amantes se veían secretamente, entrando él por una puerta excusada donde le esperaba el único que estaba en el ajo: un mameluco ó eunuco que también era cristiano; y por supuesto que don Roderico, espejo de honestidad, no osó ni aun besar más que en las manos á la doncella. Entre tanto, el moro padre, espiaba en balde y luego que le dolían los piés de tanto estar á derechas, puesto en cólera, así el mismo chafaroté que ahí ve su merced y haciendo tomar al mameluco un hachón de viento, requisaba el castillo todo por muchas veces, jurando y perjurando, á pesar de las protestas del mameluco y de su hija, que alguien

había en él y que como le hubiera le daría muerte, mientras el de Arlaza se ponía á buen recaudo. Y así fueron las cosas hasta que un día se le hincharon más pronto las narices al moro, y cádate que sorprendió á los enamorados en el momento de despedirse: don Roderico huyó antes de ser conocido del airado padre, no por miedo de que le conociera el caballero, sino por no comprometer al rey á quien servía. Entretanto el moro, asiendo á su hija por el pescuezo, intimóla que le confesara lo que aquello era, pues si no la mataría. La muchacha, comprendiendo que el muy gagnápiro era capaz de hacerlo como lo decía, confesó todo, y fué tal la furia del empecatado morazo al saber que era cristiana, que descargándola un tajo sobre el pescuezo, le separó la cabeza del tronco; y él echando cóleras por la boca y llamas por los ojos, se disponía á hacerse la misma operación cuando dicen que vió venir fuego del cielo con lo que al punto se incendió el castillo, y él y el cadáver de su hija, destruyéndose todo por la posta. El caballero, que vió el incendio del castillo, volvió allí y encontró al moro que todo desesperado le pedía bautismo diciendo que aquel fuego era castigo que el Dios verdadero le enviaba por haber asesinado á una cristiana, y que así, cristiano quería ser él. Pero murió abrasado sin que lo pudiera evitar el caballero con sus esfuerzos. Don Roderico dispuso entonces que aquí se colocara esta efigie del moro Faquimo (que este fué su nombre); y mandólo poner á los piés de la iglesia, porque este es el sitio de los catécúmenos que no han recibido el bautismo, lo cual decía él que serviría de ejemplo, escarmiento y aliciente para convertirse á cuantos judíos, moros, paganos, indios ó mamelucos vinieran por esta tierra, y surte tan buen efecto que casi no pasan dos años sin que se encuentre á los piés del moro, sin que se sepa de dónde vino, ni de dónde no, alguna criaturica, aun sin bautizar; y á los que de tal suerte son hallados, los dicen